

MILICIA Y CULTURA

Excmo. Sr. Ministro de Educación, Cultura y Deporte.
Rector Magnífico de la Universidad “Rey Juan Carlos”.
Decanos, Claustro de Doctores.
Jefes de los Estados Mayores.
Compañero Doctorando, Autoridades.
Señoras y Señores.
Estudiantes:

He de comenzar por dar las gracias. Gracias al Sr. Ministro de Educación, Cultura y Deporte que llega desde el Consejo de Ministros para presidir este acto; a esta Universidad y a todos y cada uno de los miembros de la Comunidad Universitaria “Rey Juan Carlos”, por creer que un militar español puede atesorar suficientes méritos como para ser reconocido doctor “honoris causa”. Este es un hecho muy singular en la historia de España, tan singular que no he encontrado, en el escalafón de Oficiales Generales, ningún otro que así haya sido así distinguido. Me apresuro a decir que no son mis méritos los que me aportan tan alta distinción, antes bien, son los de aquellos soldados y marineros, que un día tuve el honor de mandar, y que al dar con su sacrificio tanta gloria a España, me han concedido a mí alguna.

También los méritos de todos cuantos sirven a España – en silencio y en muchas ocasiones sin siquiera identidad- en el Centro Nacional de Inteligencia, la mejor herramienta que tiene el Gobierno para la toma de sus decisiones estratégicas y los españoles para preservar su seguridad. Sus éxitos, que en ocasiones se me atribuyen, pueden haber contado para que nos hallemos en esta ceremonia de investidura. Así lo interpreto.

También deseo agradecer la presencia de todos cuantos me acompañan en este Aula Magna. Gracias, de forma muy especial a mi padrino el Dr. Enrique Arnaldo Alcubilla, a quien desde hoy me uno con una relación muy especial, a quien confirmo mi reciente promesa y a quien le ofrezco mi más sincera amistad.

Para un militar que ya ha escrito el último asiento de su Hoja de Servicios y aún tiene la suerte de poder seguir sirviendo a España, esta investidura supone un alto honor. Es cierto que mi carrera se ha visto recompensada por una muy generosa soldada, y pude ser el soldado más antiguo, después de El Rey, al ejercer la Jefatura del Estado Mayor de la Defensa. Pero ni en el mejor de mis sueños llegué a concebir un acto como este, en el que un General del Ejército, hoy director del Servicio de Inteligencia español, fuese reconocido

con un Doctorado “Honoris Causa”, en una España en la que brilla la libertad, y es en uso de esa libertad, en la que se produce esta investidura.

Y al hablar con mis colegas de otros servicios, asentados en países democráticos y al consultarles sobre si alguno de ellos ha recibido esta distinción, recibo la misma respuesta: Nunca su director ha tenido un reconocimiento académico tan alto.

¡Cómo han cambiado las cosas desde los tiempos en que Milicia y Universidad no eran conceptos concordantes! Conviene recordar que D. Miguel de Unamuno, en el Aula Magna de la Universidad de Salamanca se vio obligado a interrumpir el discurso de un general. Con que deleite hoy presenciaria D. Miguel este acto. Qué ejemplo, también, para aquellos que se empeñan en separar los militares de la sociedad o en abonar el campo en el que crece la idea de que a los militares Dios no nos ha concedido los bienes de la cultura.

Me veo obligado a hablar de mí mismo. Y lo haré con brevedad. Creo que hoy estoy aquí por mi condición de militar, o de servidor público, que es lo mismo, y que es lo que he sido siempre. Creo que lo más importante que ha ocurrido en mi vida es que ingresé a una edad muy joven, como cadete, en la

Academia. Allí empieza todo. Y allí, todos los días, formé en su Patio de Órdenes, a la vez claustro del viejo convento de San Francisco, cerca de una frase, esculpida en piedra, que nos hablaba a los cadetes. Decía así:

“Cuando una educación noble e ilustrada despeja el entendimiento y fortalece el corazón, aunque no alcance a transformar en héroes a todos los jóvenes que la reciben, tiene una gran probabilidad de predisponer a muchos y de conseguir algunos”.

Esta frase del General García Laygorri, escrita en el viejo claustro, resume con gran tino el espíritu que recibí del Real Colegio de Artillería, cuyo recuerdo, lleno de agradecimiento, aún hoy me emociona. Bajo ese espíritu me eduqué, convencido de que ser héroe, en el servicio al Estado, no tiene otro sentido que la búsqueda responsable de la excelencia. Esa frase, para mí siempre cierta, recuerda a las generaciones actuales que la Ilustración –la edad de las Luces– llegó a España por la compañía que a otros hizo el espíritu del Real Colegio.

Al buscar la raíz que me aproxima al acto al que asistimos, siempre aparece el Real Colegio, que fue mi universidad y que hoy se llama Academia de Artillería. También me acerca a este acto el nombre que esta Universidad lleva. A

Su Majestad el Rey Juan Carlos I he servido todo su reinado y seguiré a Su servicio y al de la Corona, mientras se me demande.

Porque estamos en un acto académico y porque tengo la pretensión –esfuerzo inútil, posiblemente– de parecer docto, deseo también unir hoy mi biografía de Oficial General de las Fuerzas Armadas de España a la tradición académica y al espíritu que ilustra la Universidad. La Universidad que sigue manteniendo enhiesto el estandarte de la sabiduría y que constituye, sin duda alguna, una gran “Comunidad de buscadores de la verdad”.

Y esto es lo que nos une: la búsqueda de la verdad. Un viejo profesor universitario dijo que “a la Universidad la distingue la búsqueda del saber desinteresado”. Justo lo mismo que a los 3.500 hombres y mujeres que sirven a España en el Centro Nacional de Inteligencia, que no buscan la verdad para ellos, ni por su interés, sino para la seguridad de España y de los españoles, en un mundo atormentado por los radicalismos, algunos de carácter terrorista, y por muchas incertidumbres. Nosotros también formamos una comunidad de buscadores de la verdad y tan desinteresados como la Universidad, de forma que nunca nadie pudo atribuir una información a un determinado miembro del Centro, como nunca el Centro hizo algo en su propio beneficio.

Universidad, Fuerzas Armadas, Servicio de Inteligencia. Son quienes me acogen y en quienes sirvo y he servido, unidos en este acto que Rilke definiría como “mi momento insigne”. Un momento para glosar la relación entre milicia y cultura que, al coincidir en el servicio público, se muestran, con total plasticidad, en el acto al que asistimos.

Y en este estrado, pienso como un laureado escritor español:

“poeta que hoy me guías, mira si mi virtud es suficiente, antes de comenzar tan ardua empresa”

Al comenzar acudo a Azaña, en contadas ocasiones elogiado desde la milicia, que en su exculpatorio del General Berenguer, nos dice, sin dar lugar a la duda, que “la cultura es el mejor equipaje para un competente soldado”... Añade:

“El general, que arrimado ya el bastón de mando, colgada la espada de su panoplia requiere la pluma para llenar los ocios de la paz, se implanta en una tradición clásica donde las armas y las letras sellan un acuerdo, por decirlo así, retórico que resuelve la antinómica que Don Quijote proponía en la Venta a sus oyentes”

No peco de vanidad si digo que el soldado culto ha existido siempre: Tucídides y Jenofonte, en la Grecia clásica, escribieron magníficos textos históricos que nos encaminan hacia nuestros orígenes. Horacio, soldado de Augusto, fue también un general poeta, cuyos versos llegan limpios hasta hoy

***...filtra tus vinos
y adapta el breve espacio de tu vida
a una esperanza larga.***

Y nos sobran ejemplos también en la historia de nuestra España, antes y después de ser lo que somos hoy. Garcilaso, el Marqués de Santillana, Jorge Manrique o Miguel de Cervantes, antaño, Alonso Baquer, Álvarez Arenas o Díaz Alegría, hoy, todos ellos militares, son buen ejemplo de hombres que abrazaron las armas y las letras y que dieron fin a tan simple y secular error de que ambas disciplinas han vivido de espaldas.

Debo atender al buen consejo del más reciente académico español, quien nos dijo en su discurso que “la dosificación entre lo que se espera y lo inesperado es el eje principal de cualquier narración” Y así, aun a riesgo de olvidar a

muchos, deberé concretar en algunos, todos ellos soldados, y cuyos nombres aparecen a poco que se desparrame la vista por nuestro pasado o se tire de la memoria.

Y en este año de 2016, cuando se cumplen cuatrocientos años de su muerte, ¿Qué haremos en esta efeméride? casi de forma espontanea aparece don Miguel de Cervantes, soldado de infantería del Tercio de Don Lope de Figueroa que es hoy el Regimiento de Infantería “Córdoba” nº 10, de guarnición en Cerro Muriano y que nos deja su hoja de servicios, la suya propia, plasmada en el Quijote. Soldado por antonomasia y todavía hoy el autor más vendido de la historia, sin una sola campaña de promoción. Y compartió servicio al mismo Rey con Garcilaso de la Vega, también soldado. Garcilaso, que en los inicios del Renacimiento escribió los más bellos poemas de amor

Yo no nací sino para quererlos

Mi alma os ha cortado a su medida

Por hábito del alma misma os quiero.

Y no puedo sino recordar a Jorge Manrique, que yace en Uclés, mi pueblo, junto a su padre, inspirador de las Coplas. Fue soldado al servicio de Isabel la Católica y lo he imaginado de niño por los mismos parajes que yo corría y que ahora

paseo algún fin de semana. Y he creído que el humilde río que discurre por Uclés pudo ser causa de su inspiración.

***“Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la
mar,
Que es el morir”***

Soldados de hoy, con docta pluma, recogen el testigo traído hasta nuestros días por Pedro Calderón de la Barca, José Cadalso o el duque de Rivas. Los académicos Diez Alegría, Álvarez Arenas o Antonio Mingote, coetáneos nuestros, llevaron la pluma en el bolsillo de sus guerreras; Miguel Alonso Baquer, mi profesor de la Escuela de Estado Mayor, que pone espiritualidad en cualquier texto y hasta nuestro último Premio Nobel, Camilo José Cela, escribió, recordando su tiempo de soldado, la más bella glosa jamás escrita sobre la Infantería española y que releo todos los años al amanecer del 8 de Diciembre

***“....La infantería no es la materia; es el ligero y
tenue soplo que vivifica; es la arrebatada
canción de un solitario centinela que canta para
que su cabo sepa que está vivo”***

Y ocuparon también parcelas complejas. Hace unos días, como por casualidad, cayó en mis manos un texto de 1794. Era una traducción al castellano de **los Anales** de Cayo Cornelio Tácito, hecha por el General Don Carlos Coloma. Resulta interesante leer la crítica que de la traducción hacen los editores, que se identifican a sí mismos como **profesores de letras humanas**. Dice así:

“la traducción del General Coloma es exacta y fiel; es pura y propia; igualmente sostenida en todas sus partes, concisa, en cuanto lo permite la claridad, llena y abundante en la necesidad, manejando la lengua castellana con tal destreza que penetra en el espíritu del original”

Y así seguiríamos con otras ramas del saber, los matemáticos, los químicos, los geógrafos, la ingeniería industrial... Y el Derecho; porque no me olvido del color de mi toga. También oficiales de las Armas se dedicaron al Derecho. En 1909 veía la luz la obra **Derecho Internacional Público**, firmada por dos capitanes, que supieron plasmar la importancia de las relaciones jurídicas entre estados. En su centenario, el texto fue glosado con interesantes trabajos de Eduardo Torres Dulce, de Manuel Aragón y de Javier Díez-Hotchleiner. Había sido escrito, les recuerdo, no por doctos juristas, sino por oficiales de Infantería que pocos años después combatían en la

guerra de África, junto al abuelo del Ministro que hoy nos preside, el Comandante Méndez de Vigo y Bernaldo de Quirós.

Señoras y señores:

No he hecho otra cosa que presumir de quienes fueron compañeros de armas, dando por hecho que su obra es la mía y que su cultura también. Y no es verdad. Al militar que les habla no le cabe más virtud, al recordarlos, que sentirse uno de ellos; creer que ha hecho su servicio militar “en la misma compañía” que ellos.

Y eso si es verdad; en su compañía he servido. Largas noches de guardia, en el desierto acompañado por su lectura; la soledad del servicio de Capitán, paliada por sus textos; vigiliias mientras esperaba la solución de un secuestro de españoles, en las montañas de Mali, y sacrificios entendidos por las lecciones de moral que ellos rebosan; vanidades cubiertas, al sentirme uno de ellos. Y de ellos he obtenido reglas, normas y actitudes que ¿quién sabe? pueden haberme traído ante este Claustro. Y a ellos me acerco para pensar que me adornan sus cualidades solo por haber profesado la misma religión de hombres honrados, que ellos profesaron.

Pero es solo una ilusión. Mi biografía –glosada casi con exageración y, sin duda, con cariño por el Profesor Arnaldo

Alcubilla- me llevó por la senda de un servicio más técnico que otra cosa. Y hube de conformarme con escritos técnicos, algunos buenos, que a ustedes cansarían. Pero el espíritu con el que he anotado mi hoja de servicios sí que ha estado guiado por la pertenencia a un Cuerpo de Ilustres y por la exigencia de servir bien y de imitar a quienes me precedieron en el servicio y de los que tanto aprendí.

En un acto como en el que nos hallamos, cuando establecen contacto fraternal la Universidad y el Servicio a España, es éste, posiblemente, el principal elemento de reflexión: nuestro continuo quehacer en pos del hombre culto y, por lo tanto, libre. Porque cultura es la convicción inequívoca de lo que son las cosas.

Con todo esto en las manos – o solo con esto- recibo el honor que esta Universidad me ofrece. He traído hasta aquí el legado de mis compañeros y lo que de ellos he aprendido. Quizá suficiente para sentirme miembro de esta Comunidad Académica.

Con el espíritu que aquí reside, profeso como doctor “honoris causa”.

En el Campus de Móstoles (Madrid), el 29 de Enero de 2016.